

TRIBUNA ABIERTA

UNA CATÁSTROFE PARA REFLEXIONAR

POR JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ-VAL

«Va a ser una travesía difícil, con la mar arbolada. Conviene que el piloto sepa a dónde ir, y no escuche cantos de sirenas de ideologías trasnochadas y bolivaristas»

ES de necios no aprender de los errores, propios y ajenos. Y es pura necesidad caer en la autocomplacencia cuando las circunstancias son de duelo, y los responsables deberían estar preguntándose continuamente: ¿qué podríamos estar haciendo mejor? No sabemos si se lo preguntan. Si sabemos que las explicaciones no nos llegan.

Esta pandemia ha sorprendido de manera brutal a todas las organizaciones médicas del mundo, especialmente las del área occidental de mayor poder económico; y ha presentado características muy especiales, como un alto riesgo de contagio a médicos y sanitarios. El desconcierto de esta crisis lo han pagado en gran medida ellos.

Pero el desconcierto general provocado por la Covid-19 lo vamos a sufrir todos, pues va a repercutir en todo nuestro sistema socioeconómico, y puede hacer descarrilar nuestro *modus vivendi*, y el de Europa entera, multiplicando los efectos de la crisis.

Y contra esa pandemia de las pandemias hay que ofrecer un análisis riguroso, integral y pragmático, que conduzca a un plan nacional de acción que aborde estas tres áreas.

La profilaxis contra el Covid-19: vigilancia, detección precoz y aislamiento de las personas infectadas (no de las sanas).

La terapéutica contra el Covid-19, sin olvidar que una gran parte de ésta va a depender de las investigaciones en laboratorio.

La recuperación socio-económica a corto, medio y largo.

Profilaxis: el dichoso test. En España hemos padecido muchos gobiernos que actuaban bajo el lema: «La mejor política industrial es la que no existe». Para los gerifaltes políticos de turno, la industria española era un sector maduro, y estaba mucho mejor en manos del mercado; y en ello llevaban parte de razón, junto con dos pecados de ignorancia, nada veniales: primero, hasta la industria más madura evoluciona, o se va al garete, como le ha pasado a la industria norteamericana del automóvil; y segundo, hay una industria del futuro, que no va a venir sola, hay que traerla. Y hacia el año 2000, por poner una fecha signficada, en el horizonte industrial ya estaban claros dos astros nacientes: las tecnologías de la información y las comunicaciones, y el área bioquímica, biológica y biotecnológica. Las dos industrias citadas han fracasado estrepitosamente en la Unión Europea, y no digamos en España. No disponemos de una empresa que pueda preparar test del Covid por millones de unidades, porque no disponemos de esa industria. Nos aguantamos medianamente bien con la farmacopea tradicional, y descaradamente mal con la del siglo XXI.

Esto hay que corregirlo de inmediato. Por des-

contado, ésta es una tarea de largo recorrido, pero hay que empezarla hoy mismo; bien llegando a acuerdos con multinacionales para que se asienten aquí; bien creando un INI-bio que vaya abriendo camino. Ya veremos, cuando madure, si se privatiza, y recuperamos la inversión, y más.

Terapéutica médica. Sin fanfarronería ni halagos: España tiene el mejor sector médico-sanitario del mundo, y eso tiene un secreto: tenemos las mejores vocaciones médicas y sanitarias: esto es lo que hay que cuidar.

Y una vez cuidado, démosles herramientas (empezando por el sueldo). Nos jugamos mucho aquí, y ya hemos comprobado cuáles son los efectos de que nos sorprendan con el pie cambiado: contagio y fallecimiento. Nada de esto es inventado. Es todo tan real, que las banderas deberían ondear a media asta.

Terapéutica económica: inyección productiva y social. La crisis que estamos viviendo va a representar este año una merma del PIB nacional de un 20% e incluso más.

Y contra eso vamos a necesitar dos tipos de ayu-



Test de detección del coronavirus

EPE

das: unas de carácter social, para que nadie quede lastrado por este camino, que va a ser muy cuesta arriba; y otras de carácter productivo, para diluir temporalmente el efecto puntual de hundimiento de la demanda.

Para ello hay al menos dos modelos: declarando a toda España zona catastrófica; o facilitando la constitución de fondos hipotecarios, de condiciones blandas, y avalados por el Estado.

Esta crisis va a tener desgraciadamente un balance mortífero inmediato en nuestro país, y en muchos otros; y además va a dejar unas secuelas psico-sociológicas sin precedentes a medio y largo plazo, que tendrán un reflejo económico evidente, que a su vez generará desempleo. Va a ser una travesía difícil, con la mar arbolada. Conviene que el piloto sepa a dónde ir, y no escuche cantos de sirenas de ideologías trasnochadas y bolivaristas.

Con las cosas de vivir, no se juega.

JOSÉ M.^o MARTÍNEZ-VAL ES CATEDRÁTICO DE TERMOECNIA, ETISI-UPM Y FUE DIRECTOR DE LA CÁTEDRA UPM-MINISTERIO DE DEFENSA



TIEMPO RECOBRADO

PEDRO GARCÍA CUATRECASAS

¿EN LA BUENA DIRECCIÓN?

No hace falta ser profeta para darse cuenta del negro futuro que nos espera

A lo largo de la II Guerra Mundial, Gran Bretaña tuvo que financiar el esfuerzo bélico con un fuerte aumento del gasto público, que elevó su deuda a cerca del 250% del PIB. John Maynard Keynes, que murió de un infarto en 1946, asesoró a Churchill. Unos años antes, en 1940, el economista había escrito un libro titulado «¿Cómo pagar la guerra?», en el que propugnaba un aumento de los impuestos y de la actividad en las colonias para evitar que la deuda se disparase.

El Gobierno de coalición que preside Sánchez parece inclinarse por las tesis de Keynes, ya que está considerando subir el IRPF para las rentas más altas, elevar la fiscalidad sobre el ahorro y gravar los grandes patrimonios. Es imposible calcular el incremento de recaudación que supondrían estas medidas, que no se han concretado, aunque Pablo Iglesias ya se ha manifestado a favor.

Hay economistas que piensan que no existe más opción que aumentar los impuestos para hacer frente a la enorme expansión del gasto público que va a elevar el déficit este año a más de 150.000 millones de euros, con lo cual España se situaría con una deuda del 115% del PIB. Esas son al menos las cifras que baraja el Gobierno.

Como no soy economista, no voy a entrar en ese debate. Pero me parece necesario recordar que la deuda hay que pagarla y que es evidente que un país altamente endeudado tiene a largo plazo un serio problema para sostener sus políticas sociales y el nivel de bienestar de la población.

Gran Bretaña pudo disminuir gradualmente su deuda gracias a un crecimiento económico, que, combinado con un aumento de la inflación, permitió a los Gobiernos de la posguerra mejorar las cuentas públicas.

España ya no puede emitir moneda ni controlar su política monetaria, que está en manos del Banco Central Europeo. Por lo tanto, nuestro país depende de las decisiones que se tomen en Fráncfort para hacer frente a sus obligaciones de pago. Una subida de los tipos de interés sería catastrófica.

Por mucho que se suban los impuestos y los tipos de interés se mantengan bajos, será muy difícil el sostenimiento de los servicios públicos y las prestaciones sociales si no hay crecimiento y creación de empleo. Y desgraciadamente las circunstancias no van a contribuir a ello.

A la altísima deuda con la que vamos a salir de esta crisis, se suma el déficit del sistema de pensiones (que este año puede superar los 30.000 millones de euros), el envejecimiento de la población y la excesiva dependencia de nuestra economía del turismo y los servicios. A ello se añade el aumento del gasto sanitario que habrá que afrontar en los próximos años.

No hace falta ser profeta para darse cuenta del negro futuro que nos espera si la economía no se reactiva mientras el Gobierno sigue aumentando el gasto público y prometiendo subsidios generalizados. Zapatero tuvo que rectificar en 2010. ¿Se verá obligado a hacerlo Sánchez?